

Pulseras

Se llamaba Altagracia. Ya ese nombre era distinguido. Era cuñada de mi madrina.

En los años 60, para las mujeres, tener una pancita jamás estuvo mal.

Yo vi pancitas en casi todas ellas a mi alrededor, siendo niña. A nadie le incomodaba, se ceñían faldas acinturadas y luego, su pancita.

No me explico en qué momento a alguien se le ocurrió que la panza debería ser plana. De seguro eran personas que por extraña razón era naturalmente planas. En fin, que hoy en día tener una pancita no da glamour, en aquellos años sí.

La señora, que no llegaba a los cuarenta, usaba falda recta oscura acinturada y con blusa floreada bien ceñida dentro de la falda. Zapatos de tacón no muy altos, con punta en pico. Medias –que es diferente a pantymedias– de color carne. Yo no tengo la culpa de que así se les llamara aunque a mí no me parecía que fuera exactamente ese tono. Si lo piensas, la carne a la que se referían era la piel, entonces hay muchos tonos. No a la *carne* de la carnicería ni a la carne *carne*, aunque tal vez fuera acerca de lo carnal. No lo sé. Me da por pensar en la pulpa negra o en las milanesas y pues no, no es así.

Tenía el cabello rizado, oscuro, abundante. Lo usaba arriba de los hombros, en capas que permitieran pequeños bucles, vaya que su pelo era brillante. No era dada a hablar mucho y sus hijos, dos varones y una niña, eran bien portados. En ese tiempo las criaturas eran educadas con bajo tiempo de respuesta de parte de los adultos y los menores desarrollaban alta tolerancia a la frustración. Mejor fórmula no hay para mantenerles en orden, con obediencia y a lo mejor tantita resistencia, pero muy poca.

■ ■ Nora Carolina Rodríguez Sánchez*

Un día se corrió un chisme. Habladurías, dijeron, pero el caso es que Altagracia tuvo una aventura. Estoy contándote de muchos años atrás. De ayer hasta hoy, cincuenta o más.

Eso, en una mujer de clase media con una familia y un matrimonio estable era totalmente inconcebible. En la casa de mi madrina parecía que hubiera caído una helada y todo se quedó tieso, congelado. Casi ni hablaban, es decir, dejaron de convivir animadamente como era lo común, y días después se supo algo más insólito.

Altagracia fue llevada al hospital en una ambulancia y yo alcancé a oír algo sobre unas navajas de rasurar en la regadera y datos aislados. No entendí. Tampoco podía preguntar porque a mí también me daban un trato semejante al de esos niños, aunque con tantita más libertad.

Me colé en la casa de mi madrina que vivía a dos de la mía y como yo era consentida, entraba y salía a placer por la puerta de su cocina. Había una escena con la suegra de Altagracia llorando, mi madrina amasaba unas hojarascas y solo repetía: es una desgracia, es una desgracia.

Sabía que se refería a Altagracia y no entendía por qué si en su nombre llevaba una alta-gracia, ésta se había trocado en des-gracia.

Altagracia no murió, le curaron las muñecas y de ahí en adelante usó sendas pulseras que cubrieran sus cicatrices.

El matrimonio siguió tal cual y todos continuaron como hasta entonces, pero ya sin gracia.

Así es esto de la memoria, un día parece diáfano, las cosas tan claras como si hubieran pasado ayer, y otros días todo es tan nebuloso y gris que prefiero ni despertar ni levantarme.

*Nacida en Monterrey en 1957. Profesional de la educación, ha colaborado en publicaciones como *A Lápiz*, *Conciencia Libre*, *La Quincena*, *Nosotras y Trastienda*.